

LA REINE DES MERS

Tanto se había saciado de vidas la muerte, que de la muerte decidió burlarse —por una vez— la vida. Y así, escuálido y malherido, tocado de una febrilidad insidiosa, acabó Louis-Ferdinand en la enfermería, apenas un techo de lona sostenido por cuatro paredes de tela. En su interior languidecían cuerpos casi exánimes como flores que han sido arrancadas de sus raíces y aguardan, pacientes, la marchitez de sus pétalos. Pero, aun retorcidos y devastados, mantenían el calor en la sangre. A diferencia de esa otra, ya destemplada o fría, que asfaltaba los campos y anegaba las ciénagas. Porque Louis-Ferdinand y sus hermanos de aflicciones habían resistido, apenas sutilmente, la mala fortuna de la guerra. Deteriorados, ¡en efecto!, pero ciertamente vivos.

Con la piel del brazo izquierdo hecha jirones y un dolor sordo allá donde la sordera supiera doler, Louis-Ferdinand se rizaba en el interior de sus quebrantos, atribulado por cuitas nuevas o viejas, quejándose de heridas propias o prestadas. Pero las tardes lo hallaban menos pálido que roto el alba y, al final del sexto día, presintió en el estómago el bocado de un hambre que ya no recordaba; un afán obsesivo e inmisericorde por guardar el ataúd todavía vacío. Pues empecinado estaba, sin siquiera notarlo, con seguir viviendo.

Algo de ese aferrarse de este lado del olvido percibió Suzanne, responsable última de sus cuidados, y en lo rosáceo cada vez más rojizo de sus mejillas y en la adustez cada vez menos abrupta de sus pómulos vislumbró la promesa de un mañana. Ella, tan docta en el desdén de la batalla hacia la carne, tan instruida en la tumefacción y en la cisura, sostuvo con empeño los dedos leves de él hasta que no fue necesario seguir sosteniéndolos, y los sujetó primero por costumbre y después por puro agrado. Y tanto se estrecharon las distancias entre

enfermera y enfermo, con tanto celo edificó aquélla su vigilancia solícita, que cuando el cuerpo otrora desnutrido y laxo de Louis-Ferdinand volvió a vibrar, Suzanne le rogó al cielo un nuevo desliz de sus vigores y esa pizca de debilidad que justificara su asistencia. Pero no fue necesario daño ni abatimiento, pues incluso sano y restablecido exigió Louis-Ferdinand la compañía de Suzanne.

A la guerra se le extraviaron las razones y, en septiembre de 1945, chilló una trompeta con voz de victoria. El mundo sonrió con mil sonrisas menos, pero dos jóvenes desconsolados descubrieron cien nuevos verbos en la boca pronta que los reflejaba, en los labios húmedos que los abastecían. Suzanne despreció el Nebout de nacimiento para resguardarse bajo un Petit que encontró magnánimo, y marido y mujer olvidaron raudos las falacias del conflicto para aprender sin prisa las verdades de la concordia.

En honor del destino se adentró Louis-Ferdinand en los laberintos de la medicina, pues la herida en un brazo había traído a sus eriales el alivio lluvioso de una mujer amantísima. «Salvaré a otros, del mismo modo que yo he sido salvado». Aleccionado en la epidemiología, ducho en el osteofibroma, erudito en el sinergismo, pronto apoyaron una espalda en la otra hasta colmar el pináculo resbaladizo de la sincronía laboral y, desde la cumbre abuhardillada de un dispensario humilde en la Rue du Bonheur, fueron ambos, amante y amado, las aristas complementarias de un mismo dictamen: él, con sus artes en la diagnosis; ella, y su maña en la curación. Y así sopesaron sus entelequias con entendimientos recíprocos y, al albor de una mente sublime, germinó un saber distinguido.

Durante diez largos años no hubo mácula en su felicidad compartida, y la prosperidad indómita de ella cabalgó junto a la ventura irresoluta de él. Se nutrieron de su mutua idolatría, contemplándose en ojos ajenos y venerándose en pieles propias. Tan intenso fue el amor de sus corazones que sintieron crueles los límites de sus cuerpos, una unicidad despótica y burda,

pues habrían preferido fundirse el uno en el otro, palpitar al unísono y volver a palpitar. Como si sobre el mundo no hubiera amanecido un amor anterior y tan sólo del roce de sus labios hambrientos hubiera manado toda belleza. Como si, hasta el coincidir de sus pasos desorientados, se hubiera la tierra partido en dolores feroces, lacerada en desiertos infectos y edenes corruptos, hasta que se encontraron mutuamente.

Las particularidades de sus condiciones, lo intrincado de sus caracteres y hasta la primera persona del singular quedaron relegados y obsoletos ante la osadía de la definición conjunta, lo holgado de la naturaleza siamesa y la generosidad del plural. Sus inquietudes y sus necesidades, sus torvas certezas y hasta sus misterios no fueron sino aire y polvo y brisa insípida. Como una brizna de hierba que descubre el aliento lisonjero del sol y rehúye de las noches y de sus postreras ruindades, así desembocaron el uno en el otro, bendiciendo la sinuosidad ladera abajo. Nacieron con la muerte de sus individualidades.

Todo error palideció a la luz de un amor perfecto. Fueron ecuánimes y valerosos, benevolentes y compasivos. Fueron eternos. Atrás quedaron sus equivocaciones mortales, olvidadas en un pasado ajeno, propiedad de extraños sin nombre y rostros nublados por el tiempo. Cada deficiencia fue remediada... salvo una mancha vieja y pusilánime que se aferró como un tumor a la limpidez de Suzanne, subyugándola con remordimientos y amedrentándola con turbaciones: un miedo descarnado y formidable al mar.

Porque, a pesar de que el salitre había curado su frente y la arena, limado la redondez de sus pies descalzos, antes de las guerras y sus atrocidades, antes, incluso, de sus curvas lascivas, las aguas habían colgado de su boca palabras ruines y desazón. Allá, al amanecer de sus días, en una Saintes-Maries-de-la-Mer que olía a vejez y a temporales, vio encenderse los sueños en las panzas preñadas de las nubes mientras, anclada en la playa, escudriñaba el horizonte en busca de una barca bien conocida: «la Reine des Mers». Cuando asomaba su

nariz afilada por entre las olas, a Suzanne le temblaban los tobillos de entusiasmo y, adentrándose en la orilla, recibía a ese padre de mejillas tiznadas de tardes y olor a pescado en las entrañas. Con un abrazo húmedo compensaba él sus horas insulsas de espera, y el hedor de sus ropas costrosas envolvía a la niña y la reconfortaba. Hasta que un atardecer la marea no trajo de vuelta su barca, sino negror y muecas desencajadas, y la luna la sorprendió en su vigilia con los cuernos bien afilados; en vez de un padre, habitó desde entonces su casa un silencio tosco y agresivo, sin ropajes deshilvanados ni abrazos en la orilla. Un calor que se entibia. Un frío que se acostumbra.

Y el mar, pues, se vistió de asesino.

Suzanne trató de socavar ese terror a las aguas traidoras y, engarzada siempre a la cintura de Louis-Ferdinand, convocó a sus fantasmas para ajusticiarlos.

—Viajemos a Italia en barco —propuso un día—. Hagámoslo por nuestro décimo aniversario. Conozcamos lugares nuevos, caras distintas, voces inusuales. Descubramos lo que el mundo puede ofrecernos. Que sea un regalo para nosotros y que seamos nosotros un regalo para él. Celebremos diez años sin guerra, sin oprobios, sin muerte. Celebremos diez años de amor.

—¿Y cómo soportarás tu miedo al mar, querida? —quiso saber Louis-Ferdinand—. Si se nos rebela y nos porfía, ¿de dónde sacarás tú el valor?

—De tus labios y de tu lengua —respondió tajante—. A tu lado, no hay temor que me corrompa.

De manos trémulas pero decidida, se aupó Suzanne a la grupa de una barcaza de cincuenta pies de eslora rumbo al puerto de Bastia, desde donde emprenderían la segunda mitad del periplo hasta la inescrutable Civitavecchia; pero en el mástil y la borda, la quilla y

el bauprés encontró las formas de aquella vieja barca ya atragantada de algas en el fondo mismo del mar. «¿Quién es ella, papá?», recordaba haber preguntado con un mohín de vergüenza entre las trenzas desarregladas. «¿Quién es la reina de los mares?». Un resplandor en la mirada y dos manos callosas acariciándole los mofletes. «¿Quién iba a serlo sino tú, mi pequeña Suzanne? Tú eres mi reina de los mares».

Zarparon con un atardecer cárdeno dibujado apenas sobre las montañas, pero, a diez millas de la costa, un temporal virulento vino a maldecir su expedición y, con ínfulas de vileza y un resquemor estertóreo en el vientre, escupió aguaceros y vesania, insufló vendavales y tiranías. Los maderos cruzados del barco fueron hilos en las manos de la borrasca y zarandéo sus formas menudas con ahínco, erigiéndolo a la cúspide de una ola para zaherir con voces funestas su descenso hasta los valles intranquilos. Crujió y restalló y crepitó la embarcación hasta que todo fue un grito sostenido y mil truenos implacables.

Suzanne se aseguraba al abrazo firme de Louis-Ferdinand cuando el universo y sus estrellas zozobraban de angustia. Por doquier correteaban caras desvencijadas de ojos inquietos, nublados todos por un desasosiego sin nombre, y el tripulante más avezado temblaba lo mismo que el marinero más bisoño. «¡A cubierta!», gritaban. «¡Nos hundimos, nos hundimos!». Cuando se incendiaron las nubes de iracundia y el relámpago partió en dos la noche, una loma de aguas negras golpeó el barco de estribor con tal violencia que a docenas cayeron por la borda. Louis-Ferdinand sintió un vértigo insufrible en el estómago y la horizontalidad bajo los pies perdió el fuste y los cimientos. Ya forcejeaba con las olas y ya batallaba bajo su yugo, sintiendo el agarre helado del mar raspándole el cuello, hasta que un pavor taciturno, más nudoso y primitivo que el miedo a la muerte propia, vino a agujijonearle el nerviosismo.

—¡Suzanne! —chilló con voz afilada.

Buscó su melena empapada por entre las mareas o sus pómulos lívidos sobre las aguas, pero todo era espuma y borbollones y un aguacero sin tregua. De pronto, en un aleteo albino vio sus manos delicadas golpeando con saña el mar, y hacia ellas nadó sabiendo que las necesitaba en torno a los hombros y sobre el pecho, delineándole los labios o rozándole las muñecas. «Ya casi te tengo, mi vida», pensó. «Sólo unos metros más». Y cuando sus dedos ya se tocaban e intuyó su trepar desesperado por el antebrazo, quiso la tempestad mofarse de sus esperanzas y colmó con cien olas su cercanía. El cielo se hizo de agua y el mar se encaramó al horizonte; el aire se volvió líquido y respirar se vistió de amarguras. La muerte le habló al oído y a morir se resignó muriendo. «Ya ha llegado», se dijo Louis-Ferdinand. «Esta es la hora maldita».

Sin embargo, como en aquella mañana ya distante, la muerte repudió uno a uno sus huesos, henchida y saciada de tantos senderos truncados, y así, aterido pero con vida, fue izado Louis-Ferdinand a una balsa de remos cargada de hombres sin audacia, tocados de una cólera de garras insoportablemente obtusas y cariacontecidos, sabiéndose aventajados con respecto a sus hermanos ausentes.

Llamó y llamó a voz a grito a una Suzanne que no respondía, oteando las jorobas de las olas en busca de su barbilla o sus espaldas, pero tan sólo la barahúnda del aguacero replicaba. El silencio de su garganta dobló al son de los tronidos. Menguaba la noche y crecía lo violáceo de sus ojeras, hasta que se fueron por fin las olas y, con ellas, la certidumbre.

Suzanne no contestaba. Suzanne no contestaría.

Cuando lo depositaron en tierra firme lo mismo que a un tronco inerte, no era sino una oquedad en el alma y un llanto desgarbado y áspero. La quemazón piel adentro era tal que no apercibió el escozor en la carne hasta llegada la aurora, y entonces descubrió cuatro sendas sanguinolentas marcándole el antebrazo como cuatro gritos de auxilio astillando la tersura de

la madrugada. «Han sido sus uñas», supo con el estómago. «Esta ha sido su despedida». Sobre las mismas cicatrices que ella cauterizara cuando a la vida se le extinguían las ganas, en la primavera irónica de su romance, había escrito un epitafio en rasguños y tarascadas, como si llevándose un algo de su ser pudiera engañar a la muerte y negociar un billete doble para una sola persona.

Tres semanas de días aciagos y noches inacabables aguardó Louis-Ferdinand en Saint-Mandrier-sur-Mer, mirando al mar siempre de soslayo y exhortando un último favor. «Devuélveme su cuerpo, pues tú no lo necesitas. Concédeme el consuelo del entierro». Pero el océano fue despiadado y guardó con celo su presa, alimentándose de un anhelo sin esperanza, de una esperanza desangelada. Por fin, en una viudez sombría y estrenada a traición, regresó él al vacío de una casa que no era ya un hogar, sino tan sólo un edificio. Y el corazón pereció apostatado.

Se fueron los años sin haberse quitado siquiera el sombrero y Louis-Ferdinand envejeció dentro de un cuerpo que ya no le servía. La vocación otrora impetuosa tiritaba de frío sobre los camastros y curar se volvió tan esquivo que mitigar fue ya suficiente. Se acrecentó el alabeo de sus pilastras y un frío quejumbroso farfulló por las esquinas de su apartamento. A la sonrisa se le apagaron las luces; a las luces se le fundió el alma; el alma perdió la vida por el camino.

En el arrastrar de sus pies cansados por veredas sin perfumes y sin colores tropezó con una joven de blandas mejillas y ojillos felices llamada Céline, dispuesta a soportar a un hombre triste y a sus fantasmas. Al grisáceo de sus palabras y a la negrura de sus silencios se habituó como a la jaula el jilguero y, sin ánimos ni esfuerzo, acabó Louis-Ferdinand por convertirla en segunda esposa.

—No puedo quererte plenamente, mi fiel Céline —confesó una tarde—, porque he perdido la mitad del corazón. Esto que porto dentro del pecho es sólo un cadáver, un engranaje pasajero que se empecina en sus sístoles y sus diástoles solo porque a no empecinarse aún no ha aprendido. Es lo mismo que un ojo cegado o una boca a silencios cosida: es un privilegio ya innecesario.

En un matrimonio insulso amaneció cada mañana y con un amor desabrigado cubrió el helor de su melancolía. Tras la torpeza de dos manos romas vislumbraba la agilidad de unos dedos ya extraviados, y en una boca sencilla rememoraba vocablos de excelsa ralea. Céline se guarecía a la sombra de una ausencia y Suzanne abarrotaba las flaquezas de una consorte hueca. Y ambos, la memoria de una voz suprimida y el murmullo de un hablar innecesario, apuntalaron los días huérfanos de Louis-Ferdinand.

—No exijo que me quieras con un corazón entero —aseguró ella—. Tan sólo quíereme con todo lo que tengas de corazón.

Llegó el primer hijo casi por sorpresa y al pesar se le caldearon los fríos tenuemente. En una figura minúscula ubicó Louis-Ferdinand sus mayúsculas carencias y el balbucear de un infante reveló verdades infinitas. «Quizá sea la hora de volver a vivir. Tal vez haya llegado el momento». Pero pronto comenzó a escudriñar a ese vástago nonato que podría haber gestado un vientre para siempre marchito. Olisqueaba su sombra avizorando por entre las patas de las sillas y husmeando la carcoma en las vigas del techo, acechando, siempre acechando, un aroma inexistente y una carcajada interrumpida. «¿Cómo habrían sido sus ojos?», se preguntaba. «¿Cómo, su sonrisa de niño?». Se amontonaron bajo la puerta las preguntas y en los alféizares de las ventanas se apoltronaban las elucubraciones, hasta que, por simple rutina, volvió a combarse el perfil de la esposa. Y, menos sola y más ajetreada, suspiró de alivio Céline.

—Aquí están los fragmentos que te faltaban —dijo—. Han venido desde otro mundo para sanar tus heridas. Vuelves a estar completo.

Pero una idea medró en la mente de Louis-Ferdinand y, con ella, extrañamente su alegría. La esposa aceptó como propios los méritos y sin remilgos situó en la prole los motivos. Ya eran cordiales los verbos y armoniosos, los atributos; menos estrictos, los abrazos y más templadas, las caricias. «Por fin eres el hombre al que siempre presentí. Sabía que tarde o temprano te encontraría». Hasta que, una tarde de 1965, besó Louis-Ferdinand tres frentes muy dispuestas —las de una esposa exultante y dos hijos desconcertados— y aseguró que en tres días volvería.

Descendió por carreteras sinuosas desde ese París en el que cohabitaban en pos de un aire salobre que le ahuecó los cabellos e hinchó la pechera. Como si, a medida que se dirigía al sur, se le deshilara el tuétano y hasta la sonrisa, así le trepó por la espalda un regodeo mullido y algodónoso, el evocar tardío de ayer celestiales. «Amor», le dijo al crepúsculo, y continuó descendiendo. Por fin arribó a Saint-Mandrier-sur-Mer dónde rememoró las funestas traiciones de sus infaustos azares. Pensó en las muertes que le prohibían a su invierno el estío; en las distancias absurdas entre el gozo y la desidia; en aquellos que habían para siempre zarpado. El mar se tragó un corazón y dos vidas. Y Suzanne fue eternamente suspendida; y Louis-Ferdinand quedó perpetuamente lastimado.

Arrendó de los lugareños una barca motorizada y se hizo al mar con un aprovisionamiento de piedras pequeñas y una determinación osada entre las clavículas. A diez millas exactas de la costa, detuvo la embarcación sin pompa ni ceremonia. «He llegado», pensó. El cloqueo de las aguas mansas le aturulló el razonamiento y una calma de bordes redondeados le acolchó los oídos. ¡Oh, qué paz lisonjera y qué bamboleo parvo! ¿Quién habría imaginado que, bajo esas mismas aguas, moraba ella en su ataúd sin mortaja, en un

mausoleo de algas y arena, junto al crucifijo de un mástil quebrado y seis lanzas cochambrosas? ¿Quién habría supuesto que esas mismas mareas que acariciaban la quilla con apenas un roce asolaron a dentelladas una barcaza cargada de hombres sin fortuna? Sobre la tumba acuosa de Suzanne, Louis-Ferdinand ponderaba su existencia.

—Llevo diez años viviendo como viven los hombres muertos: de recuerdos, de caminos quebrados, de pasos perdidos —le confesó a las olas—. Llevo diez años golpeándome contra las paredes de tu ausencia, y te descubro en mis ojos tristes y en las arrugas de mis manos. Ya no quiero seguir esperando.

Cuánto injuriaban los besos torcidos y la ardentía mutilada de sus caderas entibiando las propias; cómo le subyugaban las horas sin su voz, el destierro déspota de sus brazos vacíos y su olor postergado. Anhelaba regresar a su regazo. Ansiaba el privilegio de su mirada.

—Hoy quiero volver a ti.

Siguiendo sus propios designios, tomó del montón varias piedras y con ellas se llenó los bolsillos, hasta que fueron un peso inaguantable y una presión sobre los muslos. Auscultó por un instante el horizonte, sus faros rielados sobre las mareas, y pensó en ese hogar griseo en tierra firme y esa familia que sentía prestada. Un matrimonio artificioso y una progenie perfectamente innecesaria.

—Lo siento, Céline. Mi corazón nunca estará completo.

Con los párpados muy tensos, saltó al mar desde el bote y el lastre de las rocas despeñó su cuerpo corriente abajo. El borboteo de las burbujas le abotargó los sentidos y pronto una punzada en el pecho vino a robarle la conciencia, como aquella otra noche nefasta cuando perdiera una esposa y ganara una frialdad. Irascible, la mordida del aire infecto sobre el esternón y negrísimas, las aguas que le constreñían la figura, ciñéndose a sus miembros

gélidos, coartándole la vida. El dolor restallaba con vehemencia sobre los huesos y de cada célula de cada órgano brotaba un alarido. «Me estoy muriendo», comprendió. «Así se siente la muerte».

Y entonces un claror prístino llameó en lontananza, desde las colinas líquidas que poblaban los valles marinos. Con su claridad rutilante repudió todo mal, toda atrición, y no hubo espina ni congoja, ni en los pulmones un vacío. La piel yerta fue enardecida y en los dedos mustios tembló un vigor nuevo, como si agonizar fuera, en verdad, dulce, y morir, un sueño sosegado.

De pronto, en el centro mismo de aquel resplandor intuyó unas formas familiares, un curvarse el espacio conocido, un ondularse el tiempo durante tantos años precisado. Entrevió dos manos prudentes y vislumbró una cabellera vaporosa, un vientre solitario y dos ojos hartos de ceguera. Allí, en mitad del silencio, envuelta en un fulgor cristalino, aguardaba Suzanne vestida de agua y marea. Como si la parca no la hubiera raptado diez años antes ni la guadaña, sesgado el calor de su cuello.

«Suzanne», gritaron sus ganas.

Alargó los brazos Louis-Ferdinand, atrayéndola, convocándola. En mil rayos blanquísimos tiritaba ese sol de medianoche y, desde más allá de la tragedia y del oprobio, llegó por fin el tacto de su amante de sal. Recordó de súbito el calor de su cuerpo en cien madrugadas inagotables y la tersura de sus labios cada mañana susurrada. Oh, los instantes que les fueron robados y los amaneceres no concedidos. La sonrisa desmentida y la caricia en censura. ¡Cómo brillaron eternos! ¡Cómo murieron henchidos!

A través de su mirada marina entendió al tiempo y sus dislates, y halló a Suzanne en los gestos quedos de Céline y en la carcajada rota de su descendencia, en las paredes toscas de

su casa y hasta en su cuerpo prematuramente caduco. Al igual que un perfume que empapa las ropas y persigue —rizado— su deambular silente, derramándose sobre hoy y ayer, deleitándose con presentes y con olvidos, así moraba Suzanne en el interior de sus escápulas y en la superficie de sus muñecas. Formaba parte de la brisa tras sus pasos, de la claridad que le lloviznaba en las pestañas y hasta del hambre esquiva que le despreciaba la boca. Era más él que él mismo. Era todo cuanto era.

«Nunca me perdiste, amor mío», decían sus labios y sus ojos de agua. «La muerte es tan sólo una falacia. No cometas el error de creerla. Vivo en ti, Louis-Ferdinand; en ti siempre he vivido. No hay tragedia alguna que de mí pueda alejarte ni desgracia que pueda guardarme de tu sendero».

Por un segundo pareció la luz trastabillarse; su refulgencia tosió de puro frío. Los amaneceres subacuáticos se nublaron desde el otro lado de la ruina, más allá del crepúsculo y del ocaso. Y dos almas entrelazadas temieron volver a perderse.

«Pero no es tu tiempo, querido mío», reveló su voz enmudecida. «No vengas a este mar de mentiras en el que todo es oscuro y suspiran por millares. No tengas prisa por llegar, porque las ventajas de la noche son sólo transitorias. Vuelve y vive por mí, por los dos; exprime el tiempo que me fue arrebatado. Descúbreme en los besos concedidos, en las caricias que apenas recuerdo, en los hijos que han llegado para vilipendiar tu soledad».

El océano reverberaba en torno a su mismo ombligo.

«Te necesito, Suzanne», replicó Louis-Ferdinand con el pensamiento. «Ya no puedo soportarlo más».

«Pagué con una muerte una vida, mi amor», aseguraron las mareas. «No desperdicies el trayecto».

Un nuevo estertor de las lumbres bajo el océano y el daño fue inmisericorde sobre los músculos. Un instinto viejo e irreconocible le trepó las rodillas hasta el estómago y allí mugió como una bestia malherida, plañendo con la furia de cien soles. De pronto sólo había un aire que no alcanzaba, y en legión las manos que apaleaban el agua. Con las piernas golpeó el yugo que lo abatía y a trompicones extrajo las piedras de los bolsillos, cortantes en su vulnerabilidad mojada, hirientes en su carne cerúlea. Expelió las corrientes que le torcían la cintura y, con las mejillas hinchadas, nadó en pos de la superficie. Cuando la determinación se le escurría por entre los dedos, abrió la boca y se tragó la noche de un resuello.

Sobre la joroba de las olas halló meciéndose a la barca, ajena al calvario de sus entrañas, indiferente a esa pugna bajo las aguas entre los que habitan sendas orillas de la memoria. Braceó hasta ella y se aupó a su armazón lo mismo que hicieran otrora las fuerzas de hombres desconocidos. El crujir de los maderos bajo la espalda empapada invocó aquella lluvia despectiva que agujereara las mareas la noche del hundimiento, y el bronco ronquido del silencio le supo a mentira y a promesa. El pecho ardía con una lava sucia entre las costillas. Las piernas le temblaban como tímpanos en primavera. En el estómago descifró el regusto de la ruina.

Cuando la sangre fluyó nuevamente en sus venas y las estrellas parpadearon en el cielo de brea con abulia, la quemazón insufrible le llevó los ojos al antebrazo derecho. Rectísimos en su insulto encontró cuatro cortes sobre la piel como cuatro veredas sombrías, los atajos escarlata desde la pesadumbre hasta la esperanza, idénticos a esos cuatro cauces que Suzanne dibujara en el brazo opuesto para rubricar su marcha conclusiva. Supuso Louis-Ferdinand que en su combate contra la asfixia le habían rasgado las piedras la carne trémula, pero no le supieron las incisiones a agravio sino a tregua, a salvoconducto, a una nueva victoria sobre la dama enlutada.

«Tal vez hayan vuelto a ser tus manos las que me han marcado la piel como para hacerme entender que la vida es dolorosa», pensó jadeante. «El dolor me trajo de vuelta cuando casi me mata la guerra y el dolor me procuró más tiempo cuando el mar quiso tragarme. Me cerraste los cortes en un brazo para engañar a la muerte y me los volviste a abrir para engañarla de nuevo. Ahora me señalas el brazo derecho, quizá para permitirme otra moratoria, quizá para obligarme a ver durante cuánto tiempo he estado muerto».

Se peinaba las luces sobre el espejo del mar la luna y en el vientre de una barca resollaba un hombre venturoso.

«Me has apartado ya tantas veces de tu lado, de tu tumba, que sobrevivir se ha convertido en mi costumbre. Si tu amor no me ha alumbrado a la vida, entonces nunca he sido alumbrado».

Acaso debiera honrar el sepulcro de Suzanne y sujetarse del tiempo para sostenerla también a ella misma. Tal vez queriendo a una mujer no del todo querida lograra desenterrar afectos polvorientos. Quizá educando a unos hijos hasta cierto punto impropios obtuviera la sazón de una estirpe ambicionada. ¿Y si ridiculizaba su mortalidad y devoraba a bocados los días? ¿Y si afrentaba a un destino macabro que trunció cuánto guardaba para sojuzgarlo y domeñarlo en honor de su deslealtad?

—Intentaré amarte allá donde ame, Suzanne —le juró al firmamento—. Haré que existas para siempre en mi alma.

Sobre Saint-Mandrier-sur-Mer parpadeaba una noche de manto atezado, contemplando con sus ojos macilentos a un Louis-Ferdinand por fin convencido. Llevaba el cuerpo calado, los huesos, descalzos, pero un fuego en la mirada: la comprensión de que sus

propósitos habían sido enderezados. Y sonrió sin saber si la sal en las mejillas era del mar o de sus lágrimas, era de goce o agonía.

—He nacido esta noche —le dijo a la brisa—. Esta es mi primera hora. Diez años tras una muerte. Veinte años después de mil vidas.

FIN

Lema: ¡Cómo atruena el silencio que habita los espacios vacíos!